

## LA NOCHE DE LAS HOGUERAS

### I

La noche ha llegado, purísima y clara.  
Apuestos galanes y mozas apuestas,  
que siempre con filtros de amor hechizara  
la clásica noche, ¡tornad á sus fiestas!  
La noche famosa volvió de San Juan.  
San Juan á los hombres sonríe.  
De ver sus leyendas triunfantes se engr e.  
¡Galanes y mozas, cantad y bailad!  
Los cielos se visten con luces de plata.  
Es astro en la tierra la roja fogata.

La noche es de ensueños.  
¡Galanes y mozas, so ad!  
La fiesta es de amores.  
¡¡Doncellas y mozos, amad!!

Redonda, la luna, preside el encanto  
del mundo que goza, del hombre que marcha  
detrás de un ensueño, feliz entretanto...

¡Prendida parece, del cielo en el manto,  
magnífica rosa de luz y de escarchal  
Su luz misteriosa, que es pura delicia,  
se aduerme en el llano, recubre la sierra,  
se extiende impalpable... Como una caricia  
que viene del Cielo, recorre la Tierra.  
No es dable que miren  
los ojos humanos mayor hermosura.  
Bellezas tan dulces no es dable que inspiren  
mayores anhelos de paz y ventura.

¡Qué cuadro tan vivo! Lo veo  
con ávidos ojos. ¡Lo evoca el deseo!  
Cuán buena retorna, sembrando esperanzas,  
la noche en que es siempre verdad la quimera.  
Los mozos y mozas enredan sus danzas  
en torno á la hoguera...

Con saltos y gritos, nerviosos, vibrantes,  
las vueltas repiten del clásico juego;  
inundan á veces de luz sus semblantes  
las llamas que crujen, con tonos de fuego.  
Sus manos se estrechan y enlazan,  
formados en ronda circulan veloces;  
persíguense locos, y al cabo se abrazan,  
llenando los aires de báquicas voces.

Y siguen danzando,  
soñando..., soñando

con grandes victorias de amor y fortuna,  
risueñas las mozas, los mozos risueños...;  
¡y sigue alumbrando la fiesta la luna,  
la luna, que es astro de amor y de ensueños!

Empiezan á poco las coplas de amores,  
que cantan el logro de tiernos favores  
ó lloran las penas de injusto desvío...  
Y, en tanto, ¡qué gozo! ¡praderas y alcores,  
montañas y valles, con frutos y flores,  
la entrada celebran del pródigo Estío!

La noche es de ensueños.  
¡Galanes y mozas, soñad!  
La fiesta es de amores.  
¡¡Doncellas y mozos, amad!!

## II

¡Ay, que aquí, por la sierra en que habito,  
donde ha noches levanto mi tienda,  
donde busco la cura ó la enmienda  
de este mal que me acosa, maldito,  
—dominando en la cumbre al granito,  
sin cesar fatigando la senda,—  
se comete... *el enorme delito*

de ignorar tan hermosa leyenda!  
 Y en tan mágica noche no encuentro  
 ni misterios dichosos que encanten,  
 ni doncellas graciosas que rían,  
 ni galanes apuestos que canten.  
 Y no puedo sentir esperanzas,  
 ilusiones de gloria y amor;  
 sólo siento pesar, y añoranzas  
 de otro tiempo, pasado y mejor;  
 de otra tierra, lejana, ¡la mía!  
 ¡mejor que ninguna!  
 donde habrá... ¡cuánto amor! ¡qué alegría!  
 ¡cuánta gente que cante y que ría!...  
 ¡esta noche! ¡¡á la luz de esta luna!!  
     ¡Ay, la alegre región gaditana;  
     mi tierra, lejana;  
     los Puertos... Chiclana...  
 que estaréis... estaréis á estas horas  
 para mí tan esquivas, tan fieras,  
 como envueltos en lumbre de auroras  
 á la luz de las altas hogueras..!  
 ¡Ay, mi tiempo pasado y perdido!  
 ¡Cuánto y cuánto recuerdo querido,  
 de mis locos y vanos empeños,  
 me atormenta, me acosa, vencido!  
 ¡Ay, por algo esta noche es de ensueños,  
 pero no de piedad ni de olvido!

Levantad, extended,—*candeladas*  
*de San Juan*, en mi típica tierra,—  
 levantad y extended llamaradas  
 que iluminen mi lúgubre sierra;  
 llamaradas de amor y de fuego,  
 para un pobre, que muere de hastío;  
 para un triste, de espíritu ciego;  
 ¡para un alma que tiembla de frío!  
 ¡Que me llegue su luz! Que un instante,  
 como al sol de una rubia mañana,  
 mire yo, con transportes de amante,  
 mi ciudad, mi ciudad gaditana;  
 ¡que yo sueñe también!, que me vea  
*como entonces*, con alma de niño;  
 sin pesares ni angustias; ¡que crea  
 que en el mundo no hay más que cariño!  
 ¡que no medran astutos traidores,  
 que no matan los grandes dolores,  
 que no arraigan los grandes temores  
 sino en ánimos viles, pequeños..!  
 ¡Ame yo! ¡La velada es de amores!  
 ¡¡Sueñe yo, que es la noche de ensueños!!

## TOQUE DE ÁNIMAS

Desde la hermosa cañada  
no se alcanza á ver el pueblo.  
Lo secuestran, á mis ojos,  
con sus moles, unos cerros.  
Pero en las ondas súaves  
del aire fino y sereno,  
turbando la hermosa calma  
de un dulcísimo silencio,  
—mientras la tarde, en los brazos  
de la noche, va muriendo,—  
llegan á mí, repetidos,  
prolongados por los ecos,  
los sonos de las campanas  
de la iglesia... ¡pobre templo  
que encaramado en el monte  
parece escalar el cielo!  
Tocan á oraciones. Vibran

los tañidos graves, lentos,  
 desgranados, ¡misteriosos!,  
 ¡¡pavorosos!!, ¡plañideros!  
 Llegan hasta mí con trémulas  
 vibraciones de lamento,  
 destacados en el aire  
 sobre un solemne silencio;  
 mientras se escuchan apenas,  
 como murmullos ligeros,  
 las coplas de unos pastores  
 que están muy lejos, muy lejos...;  
 mientras la tarde, en los brazos  
 de la noche, va muriendo.....

Las plañideras campanas  
 invitan á la oración.  
 Ya en los cielos brilla apenas  
 la luz muriente del sol.  
 Siento el alma conmovida  
 por una intensa emoción.  
 Y empiezo á rezar, y digo,  
 con lágrimas en la voz:  
*Por el alma de la madre  
 de mi vida, que esté en Dios.*

No sé definir la angustia  
 que voy sintiendo. ¡No sé!

Esta emoción es muy triste,  
 pero es muy dulce también.  
 Anhela por un mañana,  
 suspira por un ayer.  
 ...Y sigo rezando, y digo  
 pensando y pensando en él:  
*Por el alma de mi padre,  
 que goce de Dios. Amén.*

Allá en Oriente, ya brillan  
 algunos blancos luceros.  
 Las plañideras campanas  
 siguen sonando á lo lejos.  
 A cada instante resuenan  
 sus tañidos más siniestros,  
 y al resonar se destacan  
 sobre un más grave silencio.

Tenuemente, vagamente,  
 nacen y luchan en mí  
 sensaciones misteriosas  
 del vivir y del morir.  
 Y siguen vueltos mis ojos  
 hacia el recuerdo infeliz,  
 y vuelvo á rezar, y vuelvo,  
 con lágrimas, á decir:  
*Por el eterno descanso  
 de aquel hijo que perdí.*

Van creciendo, van creciendo,  
 mi zozobra y mi inquietud.  
 Se va espesando la sombra.  
 Se va extinguendo la luz.  
 Torno á pensar en la muerte,  
 y en mi caduca salud,  
 y digo, mirando al cielo,  
 los brazos abriendo en cruz:  
*Por el eterno descanso  
 de mi cuerpo. Amén, Jesús.*

Cerró la noche, piadosa.  
 Poco á poco enmudecieron  
 las campanas. Ya no turban  
 la majestad del silencio  
 ni la más lejana copla,  
 ni el murmullo más ligero.  
 Y en tanto, yo, todavía  
 rezo y lloro, lloro y rezo:  
 por todos los que me amaron,  
 y pasaron... ¡y se fueron!  
 ¡¡por cuantos hoy me quisieren!!  
 ¡¡por mis vivos y mis muertos!!

¡Ay, que el llorar es alivio,  
 como el rezar es consuelo!  
 ¡Llorad bien, llorad, mis ojos!

¡Recemos, alma, recemos!  
 ¡Dios nos miral Dios me escucha  
 compasivo...

PADRE NUESTRO...

. . . . .  
 . . . . .

## MAÑANA DE JUNIO

El sol se ha presentado tan sonriente  
desgarrando las sombras allá en Oriente,  
sus rayos nos deslumbran de tal manera,  
que parece que brilla por vez primera.  
Con él se ha levantado la fresca brisa,  
vacilante al principio, como indecisa,  
como si no pudiera, con soplo lento,  
recobrar, de improviso, todo su aliento.  
Pero pronto se alegra, pronto se anima;  
se tiende por el valle, trepa á la cima;  
roza de las montañas los verdes flancos;  
se escurre por las quiebras de los barrancos;  
se enreda entre las ramas de los pinares,  
y juega con el humo de los hogares;  
y lo mismo en la cumbre, de sol bañada,  
que en la grata penumbra de la cañada,  
por donde va volando lleva alegría...  
¡el alegre saludo del nuevo día!

Mañana deliciosa, toda pureza;  
 regalo de la Madre Naturaleza;  
 expansión de la vida del tiempo mozo,  
 que retorna á los campos lleno de gozo:  
 cuanto vuelve contigo de ti se engríe,  
 canta con tu hermosura, ¡contigo ríe!  
 Todo á tu paso leve feliz despierta.  
 Vas llamando en el pueblo, de puerta en puerta,  
 y á tu aviso discreto, con luz de aurora,  
 va saliendo la gente madrugadora.

Los árboles estaban medio dormidos;  
 ya despiértanse todos, estremecidos,  
 estirando las ramas, cabeceando,  
 como si se estuvieran desperezando...,  
 y al sentir las caricias del sol ardiente,  
 se levantan y esponjan, ¡tan guapamente!

Los pájaros se escapan de las umbrías  
 para darse en el aire los «buenos días»;  
 vuelan todos, revuelan, alborozados,  
 con los rápidos vuelos entrecruzados,  
 y al tornar á sus ramas, y hallar sus nidos,  
 alegran los pinares con sus chillidos.

Las aguas del arroyo parecen locas,  
 por lo inquietas que saltan sobre las rocas;

en su cauce de peñas, de tajo en tajo,  
 rebrincando de gusto, montaña abajo;  
 reventando en espumas tornasoladas,  
 igual que si rompieran en carcajadas.

Los rosales se cubren de mariposas  
 como si se pusieran alas sus rosas;  
 mariposas vestidas de resplandores,  
 que en los frescos rosales son como flores.

Sobre el suelo quebrado de la vereda,  
 bajo el techo frondoso de la arboleda,  
 unas mozas muy lindas corren brincando,  
 y unos mozos alegres las van cazando...  
 Ellos insisten, ellas huyen veloces,  
 y á lo lejos se pierden sus frescas voces...

Da vueltas y más vueltas, aprisa, ¡aprisa!,  
 una campana alegre tocando á misa,  
 ¡y es la canción vibrante de la campana  
 un himno á la hermosura de la mañana!

Cuán brillante, cuán puro, cuán transparente,  
 cuán barrido de nieblas está el ambiente.  
 En sus ondas tan limpias, tan sosegadas,  
 destácanse las cosas como engarzadas.  
 Y es á la vez el aire tan vivo y loco,

vuela tan lisonjero, pesa tan poco,  
tales son sus olores á cosas buenas,  
¡que parece que pasa quitando penas!

¡Oh, hermosa lozanía del tiempo mozo,  
que retorna á los campos lleno de gozo;  
oh, gozo de los hombres, y de las cosas,  
en las buenas mañanas, buenas y hermosas;  
cuando todo es ventura, calma y consuelo;  
la luz como una risa del claro cielo,  
y una risa del aire la inquieta brisa  
que en el bosque se pierde... loca de risa!

Mañana deliciosa, buena mañana,  
alegre como el toque de esa campana,  
que en su torre da vueltas, aprisa, ¡aprisa!,  
cada vez más gozosa, tocando á misa:  
en el pecho me infundes alientos sanos,  
al soplo de estos puros aires serranos;  
enciendes á mis ojos, en lontananza,  
con reflejos brillantes, luz de esperanza;  
mi frente oreas,  
y en mi mente disipas tristes ideas...  
¡Mañana cariñosa, bendita seas!

## LA BALADA DE LOS VIEJOS

### I

Es noche de Noche Buena  
y es noche de temporal;  
es noche para los lobos  
que rondan por el pinar.  
Las casucas de la aldea  
medio enterradas están.  
Silba el aire lastimero.  
Nieva y nieva sin cesar.  
Pobre aldehuela serrana,  
sumida en tétrica paz,  
invadida por la nieve,  
batida del vendaval,  
¡para ti no trajo fiestas  
la noche de Navidad!—  
Es muy grande en el invierno

la miseria del lugar,  
 y no hay fiestas donde faltan  
 gozo y lumbre, vino y pan.  
 ¡Qué noche de Noche Buena!  
 ¡qué noche de temporal!  
 ¡qué noche para los lobos  
 que rondan por el pinar!

—  
 De su casa—medio hundida—  
 de su casa en el zaguán,  
 cerrado por una puerta  
 que encaja y que cierra mal,  
 una abuela y un abuelo,  
 muy comidos de la edad,  
 encorvados por las penas  
 y los años á la par,  
 ¡tan débiles que parecen  
 la extrema debilidad!,  
 sentados junto á la lumbre  
 pasando la noche van.  
 El fuego, que débilmente  
 disipa la obscuridad,  
 y entibia apenas el frío  
 de la velada glacial,  
 es el fuego de unas brasas

que expiran sobre el hogar,  
 en un rincón renegrado  
 del polvoriento portal.  
 Solloza el viejo; la vieja  
 solloza y solloza más...  
 En vano luchan los pobres  
 contra la suerte fatal.  
 Tuvieron hijos muy majos;  
 nietos de alegre hablar,  
 con los cabellos muy rubios,  
 con el aire muy galán.  
 Murieron sus hijos todos,  
 —Dios los tenga en santa paz!—  
 y sus nietos,—¡cuántas penas!—  
 hechos mozos, mozas ya.  
 Quedáronse los abuelos  
 en horrenda soledad;  
 por sus duelos acabados,  
 consumidos de llorar.  
 Desde entonces ya no aguardan  
 la noche de Navidad,  
 como en el tiempo dichoso,  
 para cantar y bailar.  
 Sólo á veces, con un dejo  
 de zozobra y de ansiedad,  
 tímido tiembla en sus labios  
 un viejo y triste cantar,

copla que vibra en el aire  
 como un toque funeral:  
*¡La Noche Buena se viene,  
 la Noche Buena se val  
 Y nosotros nos iremos  
 y no volveremos más.—*

—

Clama el aire, desolado.  
 Nieva y nieva sin cesar.  
 Solloza el viejo, la vieja  
 solloza y solloza más.  
 Y las brasas agonizan  
 lentamente en el hogar,  
 y va siendo más medrosa  
 cada vez la obscuridad,  
 y más temeroso el frío  
 de la velada glacial.  
 De pronto, principia el viejo,  
 con voz baja, á recitar;  
 con una voz pavorosa,  
 como ninguna quizás;  
 con un rancio y monotono  
 sonsonete de juglar.  
 ¿Qué dice? ¿Por qué la abuela  
 temblando y temblando está?

¿Qué balbuce? *La balada  
 de los viejos* del lugar;  
 canción de un tiempo remoto,  
 flor marchita de otra edad;  
 la *Balada de la Muerte*  
 que es tan mala de cantar,  
 otros versos que resuenan  
 como un toque funeral.  
 Todos los hombres del pueblo  
 de niños la saben ya;  
 de viejos, todos la cantan,  
 con un tono siempre igual,  
 con un rancio y plañidero  
 sonsonete de juglar.  
 Clama el viento, desolado.  
 Nieva y nieva sin piedad.  
 La abuela suspira. El viejo  
 diciendo y cantando va:

—

«¡Segador!  
 ¡Llévate allá tu guadañal  
 ¡Por el amor del Señor!  
 La tengo en tan grande horror  
 como el sembrado al granizo,  
 como el monte á la alimaña,

y como al aire invernizo  
la gente de la montaña.  
Escúchame, por favor.  
¡Llévate allá tu guadaña,  
segador!

—

»Mas no; no escuches mi ruego,  
ni con sorpresa me mires.  
No tan luego  
con los tuyos te retires.  
No te alejes  
tan de pronto; no me dejes  
sin compañía.  
¡Por el amor del Señor!  
Espera con tu guadaña,  
segador.

—

»Tiemblo como no temblé,  
sufro como no sufrí,  
ni cuando más recelé  
ni cuando más padecí.  
Ve por qué.

Siegas tú la mies gr anada,  
tan dorada;  
bien regada  
por lluvias apetecidas,  
y aquí las hierbas lucidas...  
La Muerte, que es más osada,  
siega vidas.  
Postráronme desengaños;  
al fin me acaban los años,  
y al fin me acecha la muerte,  
que es más fuerte  
que tu brazo, segador.  
¡Ya viene por la montaña,  
por donde el aire traidor...!  
¡¡Defiéndeme, por favor!!  
¡¡Siégala con tu guadaña,  
segador!!»

## II

Sonó de súbito un golpe  
sobre el angosto portón.  
La abuela gritó espantada,  
y el abuelo enmudeció.  
Nuevos golpes, repetidos,

aumentaron su terror.  
 Silbaba el aire furioso  
 con ímpetus de ciclón.  
 Nevaba recio. En las sombras  
 otro golpe resonó.  
 «¿Quién va?» los viejos gritaron,  
 con grande miedo en la voz.  
 Escucharon anhelantes,  
 pero nadie respondió.  
 ¿Era el viento quien llamaba  
 sobre el rústico portón?  
 ¿La Muerte quizás? Los viejos  
 se encomendaron á Dios.

De pronto, al rápido empuje  
 del cierzo devastador,  
 rota en tablones, la puerta  
 de la casuca saltó,  
 y entró el viento como loco,  
 ciego, terrible, feroz...  
 —¡Cierral Cierra—la abueluca  
 desesperada gritó;—  
 que es la Muerte la que llega,  
 por donde el aire traidor.  
 Su manto es manto de nieve;

candelas sus ojos son.  
 Mírala bien, que nos mira,  
 como en acecho, á los dos.

En vano quiso el abuelo  
 cerrar el toscó portón.  
 Una y diez veces, el ímpetu  
 del viento lo rechazó,  
 con sus zarpazos de fiera,  
 con su empuje de ciclón.  
 Sobre el hogar, el rescoldo  
 del fuego se consumió;  
 siguió penetrando el aire  
 como un loco, y á traición;  
 lentamente la tiniebla  
 de la noche se espesó.

Amorados del frío,  
 traspasados de pavor,  
 refugiáronse los viejos  
 en el más hondo rincón.  
 Murieron allí, del frío  
 y del espanto, los dos.

La Muerte fué quien llamara  
sobre el rústico portón,  
dando golpes, á los golpes  
del cierzo devastador.  
Con el impetu del aire,  
por la casuca se entró.  
¡Vino en las alas del viento;  
por donde el aire traidor!

## III

¡Mala noche la de Pascual!  
¡Qué noche de temporal!  
¡Qué noche para los lobos  
que rondan por el pinar!  
¡Pobres abuelos! En tierra  
los pobres descansan ya.  
¡Felices ellos, al cabo!  
Los llevaron á enterrar  
donde sus hijos reposan,  
donde sus nietos están:  
en un hoyo del humilde  
campo santo del lugar.  
Clama el viento, desolado.  
Nieva y nieva sin piedad.

En las casucas no hay fiestas  
de comer y de bailar.  
No hay fiestas donde no abundan  
gozo y lumbre, vino y pan.  
Sólo un mozo rezagado,  
rezagado en el cantar,  
va clamando por las calles,  
en medio del vendaval:  
*La Noche Buena se viene,*  
*la Noche Buena se va!*  
*Y nosotros nos iremos,*  
*y no volveremos más.*  
¡Qué noche tan temerosa!  
¡Qué noche de temporal!  
¡Qué noche para los lobos  
que rondan por el pinar!  
*La Noche Buena se viene...*  
*La Noche Buena se va...*  
¡Los abuelucos se fueron...  
para no volver jamás!

—  
Segador,  
que siegas en la montaña  
la hierba del prado en flor,  
cuando principia el verano:

¡llega pronto, sin temor,  
con la guadaña en la mano!  
La Muerte no tiene entraña  
para sentir el amor.  
Siega las vidas con saña.  
Si vuelve por la montaña,  
por donde el aire traidor,  
¡¡siégala con tu guadaña,  
segador!!!

## PIERROT EN LA SIERRA

## SCHERZO

Es una noche de luna clarísima,  
sin una gasa de niebla importuna.  
Á los pinares, pinares de nieve,  
baja Pierrot en un rayo de luna.

Llega Pierrot, deslizándose; joven,  
ágil, gallardo, con rostro risueño.  
Llega gentil, por un rayo de luna,  
cual por la escala de un místico sueño.

Baja á la orilla del trémulo río,  
que entre peñascos sus ondas desata,  
todo sembrado de chispas de luna;  
toca en la orilla de un río de plata;

trémulo río, de espumas cubierto,  
que, cual Pierrot, va vestido de blanco,